

ANNE RICE

Y CHRISTOPHER RICE



RAMSÉS EL MALDITO

LA PASIÓN DE CLEOPATRA

B

RAMSÉS EL MALDITO

LA PASIÓN DE CLEOPATRA

Anne Rice y Christopher Rice

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Proemio

En 1914, los periódicos se hicieron eco del espectacular hallazgo de un egiptólogo británico en una tumba aislada en las afueras de El Cairo: la momia real del más poderoso monarca de Egipto y, junto a su sarcófago pintado, una vasta colección de venenos antiguos y un diario en latín, escrito en tiempos de Cleopatra, que comprendía unos trece rollos de papiro.

Llamadme Ramsés el Maldito. Pues tal es el nombre que yo mismo me puse. Aunque antaño fui Ramsés el Grande del Alto y el Bajo Egipto, azote de los hititas, padre de muchos hijos e hijas, que gobernó Egipto durante sesenta y cuatro años. Mis monumentos siguen en pie: la estela que cuenta mis victorias, aunque mil años han transcurrido desde que me sacaron, como niño mortal, del útero de mi madre.

Ay, fatídico momento ahora enterrado en el tiempo, cuando de manos de una sacerdotisa hitita tomé el elixir maldito. A sus advertencias hice caso omiso. Ansiaba la inmortalidad. De modo que bebí la poción de la copa a rebosar...

... ¿Cómo soportar esta carga más tiempo? ¿Cómo seguir padeciendo esta soledad? Sin embargo, no puedo morir...

Así escribió un ser que sostenía haber vivido mil años, durmiendo a oscuras cuando los grandes reyes y reinas de su reino no lo necesitaban, siempre listo para ser resucitado y ofrecer sabiduría y consejo, hasta que la muerte de Cleo-

patra y la del propio Egipto lo condujeron a un descanso eterno.

¿Qué podía hacer el mundo con ese extraño relato, o con el hecho de que Lawrence Stratford, descubridor del misterio, muriera en la mismísima tumba en el momento de su mayor triunfo?

Julie Stratford, hija del gran egiptólogo y única heredera de la fortuna de la Stratford Shipping, llevó la controvertida momia a Londres, junto con los misteriosos rollos y venenos, para honrar el descubrimiento de su padre mediante una exposición privada en su casa de Mayfair. Al cabo de unos días, Henry, el primo de Julie, hizo unas frenéticas declaraciones explicando que la momia se había levantado de su sarcófago e intentado asesinarlo, y el chisme de la maldición de la momia dejó estupefactos a los londinenses. Antes de que los rumores acallaran, Julie apareció en público con un misterioso egipcio de ojos azules llamado Reginald Ramsey, y ambos viajaron de regreso al Cairo en compañía de sus queridos amigos Elliott, el conde de Rutherford; su joven hijo, Alex Savarell, y el afligido Henry.

Tuvieron lugar más acontecimientos chocantes.

Un cadáver sin identificar robado del Museo de El Cairo, truculentos asesinatos entre los tenderos europeos de la ciudad y el propio Ramsey buscado por la policía cairota, así como la desaparición de Henry. Finalmente, una tremenda explosión dejó a varios testigos perplejos y a Alex Savarell desesperado, llorando a una mujer anónima que había huido aterrorizada del Teatro de la Ópera de El Cairo y había llevado su automóvil hasta la vía por la que se aproximaba un tren.

Entre el caos y el misterio, Julie Stratford se erigió como la devota prometida del enigmático Reginald Ramsey, viajando por Europa con su amado mientras en Inglaterra la familia Savarell trataba de entender el exilio del duque de Rutherford y la aflicción de su hijo Alex por la trágica pérdida de la mujer fallecida entre llamas en el desierto egipcio. Los rumores se fueron apagando; los periódicos pasaron página.

Al inicio de nuestro relato, la finca rural del duque de Rutherford pronto acogerá la fiesta de compromiso entre Reginald Ramsey y Julie Stratford, mientras por doquier se oyen ecos de la historia del inmortal Ramsés el Maldito y su elixir legendario, aunque su cuerpo momificado, trasladado a Londres con tanta fanfarria, lleva tiempo desaparecido.

¿Cómo soportar más tiempo esta carga? ¿Cómo seguir padeciendo esta soledad? Sin embargo, no puedo morir. Sus venenos no pueden hacerme daño. Mantienen mi elixir a salvo para que todavía pueda soñar con otras reinas, justas y prudentes, que compartan los siglos conmigo.

RAMSÉS EL MALDITO

3600 a.C.: Jericó

—Nos están siguiendo, mi reina.

Hacía siglos que no era reina, pero sus dos leales sirvientes seguían refiriéndose a ella como tal. Ambos hombres la flanqueaban mientras se aproximaban a pie a la gran ciudad de piedra de Jericó.

Eran los únicos miembros de su guardia real que se habían negado a participar en la insurrección contra ella. Ahora, miles de años después de haberla liberado de la tumba en la que la había metido su traicionero primer ministro, estos antiguos guerreros de un reino perdido seguían siendo sus fieles compañeros y protectores.

Su compañía era lo más importante. Ella conocía una soledad que nunca podría describir por completo a otro ser, una soledad que hacía tiempo que había aceptado pero que temía que un día la destruyera.

Había muy poca cosa de la que precisara ser protegida. Ella era inmortal, y ellos también.

—Seguid caminando —ordenó en voz baja—. No os detengáis.

Sus hombres obedecieron. Estaban lo bastante cerca de la ciudad para oler las especias del mercado que estaba justo detrás de la muralla de piedra.

La mujer sobrepasaba en estatura a la mayoría, pero sus dos sirvientes eran con mucho más altos que ella. A su de-

recha caminaba Enamon, con su orgullosa aunque torcida nariz, rota en una antigua batalla entre tribus extinguidas tiempo atrás. Aktamu iba a su izquierda, con una redonda cara de niño fuera de lugar encima de un cuerpo esbelto y musculoso. Hoy iban disfrazados de comerciantes de Kush, con faldas de piel de leopardo que bailaban sobre sus largas piernas, con anchas bandas doradas sobre sus musculosos pechos desnudos. Las túnicas azules que la envolvían le permitían mover con libertad los delicados brazos. El bastón que utilizaba era una farsa dedicada a los mortales: ella no se cansaba ni necesitaba reposar como estos.

En aquel momento, el camino estaba despejado de carros en ambas direcciones, de ahí que no fue sorprendente que alguien reparase en ellos desde delante de las puertas de la ciudad; no obstante, cuando Bektaten oyó a Enamon diciéndolo se dio cuenta de que aquella atención se prolongaba de una manera sospechosa.

Volvió la vista atrás y vio al espía.

Tenía la piel varios tonos más clara que la suya, del mismo color que quienes habitaban la ciudad que tenían enfrente. Estaba a una buena distancia en la ladera yerma de su izquierda, envuelto en túnicas en el claroscuro de la frágil sombra de un olivo. No intentó esconderse. Su postura y posición eran una advertencia, alguna clase de amenaza. Y sus ojos eran tan azules como los de los hombres con quienes había viajado durante siglos.

Tan azules como los suyos.

Eran ojos transformados por el elixir que había descubierto mil años antes. Un descubrimiento que había causado la caída de su reino.

«¿Es él? ¿Es Saqnos?»

Los recuerdos de la traición del primer ministro nunca se desvanecerían, por más tiempo que pisara la tierra. El asalto que había orquestado en sus habitaciones con miembros de su propia guardia, sus exigencias para que le entregara la fórmula que había descubierto casi por casualidad, la que había permitido que una bandada de pájaros sobrevolara el palacio en círculos infinitos sin cansarse jamás.

Saqnos, el apuesto y atento Saqnos. Bektaten nunca había presenciado algo semejante a la transformación que había sufrido tantos siglos atrás. Y las cosas empeoraron cuando Saqnos vio que sus ojos, antes castaños, se habían vuelto de un azul asombroso.

Que en esta tierra hubiera una sustancia capaz de suprimir la muerte, y que ella la hubiese consumido sin consultarlo con él, fueron los hechos que lo enloquecieron, volviéndolo sediento de poder.

Si se la hubiese pedido sin más, si no la hubiese traicionado, ¿se la habría entregado de buena gana?

No había manera de saberlo ahora.

Con las lanzas de sus propios hombres alzadas contra ella, se había negado.

Pese a la fuerza tremenda que le había dado la transformación, la guardia real contaba con suficientes hombres para subyugarla, de modo que la arrastraron a la tumba de roca que Saqnos tenía preparada para ella. Y durante esta humillación, el arquitecto de su caída saqueó sus aposentos e incluso su cámara privada en busca de cuantas ampollas de elixir pudo encontrar. Las distribuyó de inmediato entre sus soldados. Pero no encontró la valiosísima fórmula en sí,

pues ella se había encargado de esparcir los ingredientes entre sus otros tónicos y polvos.

Fue entonces cuando el plan de Saqnos se fue al garete.

Tras descubrir que les había sido concedida la vida eterna, tras darse cuenta de que los habían vuelto inmunes a la mayoría de heridas fatales, aquellos soldados antaño leales depusieron las armas y abandonaron a su nuevo caudillo. ¿Qué necesidad tenían de tener un gobernante? ¿Qué necesidad tenían de disponer del refugio de un reino cuando podían explorar el mundo perpetuamente sin miedo al frío, al hambre o a la picadura del áspid?

«Saqnos...»

Pero el hombre que ahora los vigilaba no era él.

—Una vez dentro de las murallas, preparad el anillo —dijo Bektaten a media voz.

Visitaban con frecuencia aquel lugar. Los tomaban por comerciantes de la tierra de Kush y ellos nunca sacaron a nadie de ese error. Sus bolsas iban siempre repletas de flores y especias, que en su mayoría había arrancado ella misma en picos altos y peligrosos, tan azotados por vientos fuertes y lluvias torrenciales que ningún mortal podía alcanzarlos. Los demás visitantes del mercado no estaban al corriente de este particular.

Aquellos viajes a Jericó la llenaban de alegría, pues interrumpían sus largos vagabundeos. Los vastos e imponentes paisajes que su inmortalidad le permitía visitar hablaban sus propios idiomas; había cierta música en el susurro del viento a través del follaje de junglas donde no moraban humanos, una armonía en los vientos encontrados que barrían las cimas de los montes. Pero los idiomas que se hablaban en

Jericó, y sus cuentos de amores, muertes y ciudades recién nacidas eran una música sin la que ella no podría resistir. Y después de unos días recogiendo esas historias, de escuchar a mortales contando sus cuentos, regresaría a su campamento y las anotaría en sus diarios de papiro encuadernados en piel, toscos libros que había hecho con sus propias manos y guardado a lo largo de siglos de existencia, y que había jurado preservar para siempre.

Bektaten no permitiría que su amor por aquel lugar lo estropeará la súbita aparición de inmortales desconocidos, inmortales que no había creado ella.

Inmortales como el que los estaba siguiendo desde un promontorio de roca. O como el que estaba apostado junto a las puertas de la ciudad, observándolos sin miedo con una mirada penetrante.

«Nos están dando caza —pensó Bektaten—. Alguien ha oído decir que unos negros muy altos de ojos azules iban a visitar Jericó, y saben lo que somos y han venido aquí para estar al acecho de nuestra llegada.»

Mientras cruzaban las puertas para entrar en el túnel adyacente, Enamon aprovechó el resguardo de la sombra para seguir sus instrucciones. Alargó el brazo hacia un lado con la mano abierta para indicarle que se retrasara unos pasos detrás de ellos. Ella obedeció.

Enamon deslizó su morral de cuero hasta la parte delantera de su torso y luego extrajo un anillo de bronce hecho por la propia Bektaten. Se lo pasó a Aktamu, que enseguida desenroscó la pequeña joya, revelando el minúsculo hueco y el alfiler que contenía. Entonces Enamon sacó una pequeña faltriquera.

Bektaten los observaba de cerca.

Los pasos siguientes podían ser muy peligrosos para los tres, pero con tal de que el contenido de la faltriquera no les perforase la piel, todo iría bien.

Salvo que pronto tuviera que usar el anillo.

Una vez lleno el anillo, con la gema sujeta en su sitio, Enamon se lo dio a ella, que lo deslizó suavemente por un largo dedo oscuro.

Siguieron caminando como si no hubiese acabado de tener lugar el traspaso de un inmenso poder secreto.

Y entonces lo vio.

Estaba en la sombra de las torres rectangulares que se alzaban detrás de él, con el brillante resplandor del sol a sus espaldas. Las túnicas que lo envolvían hacían juego con las de los dos espías que había enviado a vigilar su llegada.

Saqnos.

El hombre que la había condenado a una vida inmortal bajo tierra. El hombre que, en su apremiante deseo de reproducir el elixir, había cosechado todas las plantas de Shaktanu, penetrando en las junglas a las que había prohibido la entrada a sus súbditos. La peste que había desatado había hecho caer una civilización que antes se extendía a través de los mares.

Mucho se había perdido por culpa del hombre que ahora tenía delante, cuya presencia la dejó sin habla. Y, sin embargo, no estaba furiosa.

¿Qué había esperado sentir al verlo de nuevo después de tanto tiempo?

Una vez fueron amantes. Y ahora, aunque le pesara, sen-

tía una no deseada afinidad con él. «Ay, la soledad, la innarrable soledad, cómo oprime el corazón.»

Había muy pocos como ellos. Muy pocos que hubiesen presenciado la caída de la primera gran civilización desde la Atlántida. Muy pocos que hubiesen conocido el vasto desierto cuando estuvo salpicado de árboles, relucientes charcas y animales, de los palacios diseminados y los templos de Shaktanu. Eso fue antes de la peste. Antes de que el calor del sol abrasara la tierra que antaño gobernó, empujando a los supervivientes hacia el Nilo, donde con el tiempo fundarían los imperios que ahora se llamaban Egipto y Kush.

Una gran ansia, un gran deseo de compañía anidó en su fuero interno en cuanto vio al hombre que había estado dispuesto a condenarla a las tinieblas eternas.

No tendría que haber sido ese su destino. Pues lo que comprobó en cuanto pusieron la lápida sobre la tumba fue que, sin la luz del sol, empezó a debilitarse lentamente. Poco después cayó en un dulce sueño que devino letargo hasta que Enamon y Aktamu la liberaron, exponiendo su cuerpo al sol otra vez.

Pero Saqnos no pudo haber sabido estas cosas en su momento. El elixir era demasiado nuevo para los dos. Saqnos había estado más que dispuesto a dejarla marchitarse hasta convertirse en polvo.

Y aun así, ahora no podía evitar verlo no ya como un amante o un primer ministro, sino como un hermano en la vida inmortal. Sí, así era. Era su alma gemela en la vida inmortal.

Saqnos se arrodilló delante de ella, le tomó la mano gen-

tilmente y la besó.

¿Habría retrocedido una mujer mortal?

—Mi reina —dijo Enamon en voz baja.

Bektaten levantó la mano libre hacia un lado. «Quédate donde estás», decía el gesto.

—¿Te sorprende verme viva? —preguntó por fin—. ¿Cómo es posible que te sorprendas cuando me has dado caza hasta este lugar?

—«Dar caza.» Esa no es la expresión apropiada.

—Pues dime tú cuál es, Saqnos.

Todavía le sostenía la mano que acababa de besar. Un leve tirón bastaría para ponerlo de pie.

—Camina conmigo, mi reina. Camina conmigo para que...

—¿No dejé de ser tu reina cuando me metiste bajo tierra?

Ojalá pudiera dejarse convencer por la expresión afligida de Saqnos, la cabeza gacha, el remordimiento que parecía atenazarle el cuerpo recio. Pero no estaba convencida. Y adivinó sus verdaderos motivos: apartarla de sus hombres. Y de los suyos también. Esto último la intrigó.

—Hay mucho por reparar —susurró Saqnos.

—En efecto, el robo de mi creación.

—¿Tu creación? —preguntó Saqnos. Había ira en sus ojos, ahora, el remordimiento desvanecido en el acto—. Buscabas una medicina, no el secreto de la vida eterna. ¿Ya no concedes a los dioses el mérito por el accidente de tal descubrimiento?

—¿Qué dioses? Ha habido muchos. La caída de nuestro reino, Saqnos. ¿Cómo tienes previsto reparar eso?